

Introducción a la semana

El domingo que abre esta semana pascual viene llamándose 'el de las apariciones', pues en los tres ciclos la página evangélica nos muestra al Señor resucitado con los suyos, y en una comida compartida; no es de extrañar que las comunidades cristianas vean una alusión a la mesa abierta que es la eucaristía, 'donde comemos y bebemos el pan y el vino de la vida' como reza un himno de la Liturgia de las Horas.

Las lecturas de este tercer domingo pascual pivotan entre el valiente discurso de Pedro a la gente, aunque recortado en cuatro versículos, apretado resumen del contenido de la predicación apostólica, y un fragmento de la primera Carta de Juan donde pone en evidencia la contradicción entre afirmar que se conoce a Dios y no se guarda su Palabra. Buena oferta de ánimo para perder el miedo a vivir lo que decimos creer.

Las primeras lecturas de los tres días de la semana nos presentan a Esteban, mártir en el sentido más pleno de la expresión, que nos deja el admirable encargo de creer en el Dios que ha enviado a Cristo Jesús. En los restantes días, asistimos a episodios tan señeros como el de Felipe o el impresionante relato de la conversión de quien otrora se ensañaba con la Iglesia, Saulo de Tarso.

Los fragmentos evangélicos tienen el hilo conductor del profundo discurso del Pan de la Vida, que en el relato de Juan se apoya en la multiplicación de los panes y los peces. Ocasión para acoger en nuestro corazón a quien se nos da como alimento y mejor razón de vivir.

Lun
20
Abr
2015

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua
Hoy celebramos: Santa Inés de Montepulciano (20 de Abril)

“¿Por qué me buscáis?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-15

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Entonces indujeron a unos que asegurasen:

«Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían:

«Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés».

Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo de hoy

Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30 R/. Dichoso el que camina en la ley del Señor

Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí,
tu siervo medita tus decretos;
tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus mandamientos;
instrúyeme en el camino de tus mandatos,
y meditaré tus maravillas. R/.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos.

Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús:

«La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Presentaron testigos falsos

Todo discípulo de Jesús ha de seguir sus pasos, vivir sus actitudes, realizar lo que San Pablo llama el proceso de cristificación. “Sufro dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros”. Pero hay algunos cristianos que llegan a vivir situaciones personales como las de Jesús. Es el caso de Esteban, cristiano de la primitiva iglesia. Hombre “lleno de gracia y de poder, que realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo”, y todo ello en nombre de Jesús el Resucitado. Algo que molestó a ciertos judíos de la sinagoga de los Libertos, que veían amenazada su religión. A Jesús también le pidieron explicaciones de sus curaciones y signos. También Esteban discute con ellos pero sus adversarios “no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba”. El mismo Jesús siempre pronunciaba palabras muy por encima de sus oponentes, porque “Yo hablo lo que he visto en el Padre... Mi doctrina no es mía, es de quien me ha enviado”.

No teniendo mejores argumentos acuden a testigos falsos para que testifiquen con mentira en su contra: “Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios”. La misma situación que sufrió Jesús en su injusto proceso. En este pasaje de la primera lectura, no se relata el desenlace de Esteban. Pero sabemos que fue el mismo que el de Jesús. Fue martirizado, aunque su final, al igual que Jesús, no fue la muerte, sino la resurrección a una vida de eterna felicidad.

“¿Por qué me buscáis?”

Ciertamente hay que alabar al que en nuestro mundo luche por solucionar el problema del hambre en cualquier parte del mundo. Merece un gran aplauso. Pero Jesús ya nos advirtió que “no sólo de pan vive el hombre”. Por eso, además de saciar el hambre de pan de sus oyentes, en alguna ocasión nos ofrece el alimento que sacia el hambre de sentido, el hambre de absoluto, el hambre de esperanza, el hambre de eternidad, el hambre de felicidad. Algo que el hombre necesita tanto o más que el pan material.

Jesús, a propósito de lo que relata el evangelio de hoy, preguntó a sus buscadores de entonces y a nosotros, sus buscadores de ahora, sobre la verdadera razón de nuestra búsqueda: “¿Por qué me buscáis?”. No es una pregunta retórica. Por desgracia, en nosotros no todo es limpio como el agua clara. En nuestra búsqueda y seguimiento de Jesús, además de motivos limpios, hay también, a veces, deseos de prestigio, de poder, de la alabanza de los demás, de cubrir solo las necesidades materiales... En el evangelio de hoy Jesús, queriendo purificar nuestro corazón, nos pregunta: ¿Por qué me buscáis?



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santa Inés de Montepulciano

Inés Segni nació probablemente en 1268 en Graciano Vecchio, cerca de Montepulciano. Recibida en el hogar de los Segni como un regalo del cielo, se encontró implantada, desde la más tierna infancia, en un ambiente de profunda piedad, detalle que pronto despertó en la niña prematuros sentimientos religiosos. Tan profundos fueron éstos, que, a los nueve años de convivencia familiar, pidió a sus padres licencia para ingresar en un monasterio. Los padres y familiares, sorprendidos por la propuesta, trataron de que la niña desistiera de tan inesperada e importuna idea, mas no lo consiguieron. Ella, persistente en su pretensión, acabó saliéndose con la suya, convenciendo a sus progenitores de la bondad del camino que deseaba emprender.

Ingresó en el llamado monasterio «del Sacco», uno de los muchos que pertenecían al grupo de fundaciones «de la Penitencia», florecientes en el siglo XIII, y poco a poco desaparecidos en los siglos posteriores de la historia de la Iglesia. Incorporada Inés a la nueva morada (el recinto del monasterio «del Sacco») con afán de hacerse pronto «novicia» y «profesa».

Dos rasgos que preludiaban, antes de cumplir quince años, su magnífica disposición para emprender obras grandes en la pequeñez de una vida retirada.

Abadesa de Procena y de Montepulciano

Por el año 1283, fecha en que Inés sólo contaba quince años de edad y seis de vida comunitaria, la comunidad «del Sacco» proyectó y llevó a cabo la fundación de un nuevo monasterio, en Procena, cerca de Viterbo, cincuenta kilómetros al Sur de Montepulciano. Para organizarlo y regirlo, la comunidad «del Sacco» eligió, entre otras, a la maestra sor Margarita y a sor Inés; ésta en funciones de superiora, y la otra en servicio de formación.

Como nota destacada de su piedad sobresale la ternura, infancia o pureza de espíritu y el cultivo de la comunión espiritual: comunión con los santos, con Cristo y con el Padre. La voz de esa comunión vivida en el amor eran, se dice, sus coloquios: como hija del Padre, hermana del Hijo encarnado, esposa del Espíritu y privilegiada devota de la Madre de Jesús, a la que deseaba tener siempre morando en su casa y en su corazón. Hay aquí una veta teológica de gran valor.

Se alaban sus dotes de gobierno que le confirieron notable autoridad dentro y fuera del monasterio: un rasgo que se prolongará en acciones sucesivas y fundacionales.

Tal vez del cultivo peculiar de su piedad, ternura e infancia espiritual (mantenidas en medio de ocupaciones materiales, administrativas y de gobierno), es de donde brotaron algunos fragmentos de leyenda en los que se trataba de expresar, simbólicamente, su vida en el amor y servicio. Llamamos fragmentos de leyendas piadosas a relatos como éstos: que en la noche de la fiesta de la Asunción la Virgen María colocaba en los brazos de Inés al Niño Jesús, para que lo estrechara contra su corazón; que en ciertas fiestas de especial devoción, la habitación de la santa se encontraba adornada de flores desconocidas; y que en numerosas ocasiones, cuando oraba en el huerto, con deseo ardiente de comunión, un ángel acudía a ella con la sagrada forma...

Por naturaleza y gracia, Inés poseía entrañas de amor tierno, compasivo y misericordioso, y por ese camino fue adquiriendo la fama que acabaría aureolándola de santidad. La pena es que, en las narraciones hagiográficas de la santa (para no rebajar su brillo), no se detuvieron los comentaristas a contarnos el sufrimiento que conllevaría en Inés su servicio a la comunidad y en la comunidad, las divergencias e incomprensiones entre las que habría de mostrar su buen sentido, las incertidumbres y momentos de crisis que harían acto de presencia en su espíritu.

En 1306 se terminaron las obras de un nuevo monasterio en Montepulciano, y por aclamación popular se pidió que la abadesa fuera Inés. El monasterio tenía por título Santa María Novella.

Como responsable de la casa en los primeros años, sor Inés, la superiora, tuvo que ocuparse intensamente de los negocios del monasterio —tanto espirituales como materiales— y se relacionó con alguna frecuencia con la Curia Romana, sobre todo, con el legado del papa, pues el papa residía en Aviñón.

Monja Dominica, Priora

El Beato Raimundo de Capua es quien nos informa de que, transcurridos unos años, la comunidad de Santa María Novella se adhirió a las Constituciones de las religiosas o monjas dominicas, poniéndose «plena y totalmente» bajo la dirección de los frailes predicadores. A partir de ese hecho, el tratamiento que anteriormente se daba a la superiora, llamándola abadesa, se cambió por el de priora.

Pero no fue el cambio de nombre lo que caracterizó a sor Inés en Montepulciano, sino su crecimiento interior constante en santidad, su fama externa de conciliadora y sanadora y su prestigio ante sus propios conciudadanos.

En su camino de perfección, los guijarros de sufrimientos corporales acudieron a mortificada con dureza, al menos, desde 1304, y ya no la abandonaron hasta su muerte. No sabemos apreciar si el origen de sus dolencias fueron una úlcera de estómago o persistentes infecciones intestinales. Pero llamó la atención el grado de conformidad, paciencia y alegría con que sobrellevaba todo, sin deterioros espirituales. Ahí estaba el rostro verdadero de la santidad.

En cuanto a su ejercicio de caridad, servicio y vida de oración, todo se fue elevando a superiores grados de amor. Se distanció de su primera infancia espiritual, de principiante, y, sin variar el lienzo de su historia única, personal, sus gestos de virtud heroica la hicieron sumamente atractiva a los ojos de los fieles que la trataban. Dicen que en ella hubo una espectacular acción de los carismas y dones del Espíritu.

Así, junto a la encantadora delicadeza y ternura de su trato humano, y de sus coloquios místicos en prolongada oración, aparecieron las maravillas de su capacidad de animación a los abatidos, de fortaleza a los sufrientes, de sanación a enfermos, de compañía en la soledad...

En esas condiciones, no es nada extraño que, con el prestigio derivado de la virtud, sor Inés se erigiera en autoridad que mantenía el espíritu de sus conciudadanos en situaciones difíciles. Fenómeno típico de las almas grandes a las que no se resisten, con frecuencia, ni los enemigos de la concordia y paz, porque aquéllas buscan el bien y las personas, no sus intereses.

El suave olor de la virtud

Inés, celebrada en vida por su humildad, abnegación, imitación de Cristo en su pasión, ternura en su devoción mariana, solicitud por la paz y armonía entre los ciudadanos, volaba al cielo en la noche del 19 al 20 de abril de 1317. Su cuerpo quedó en Montepulciano, expuesto a la veneración de los fieles devotos que no han cesado de acudir al lugar desde el siglo XIV hasta hoy.

En el siglo XIV, entre millares de devotos que visitaron el sepulcro, citaremos a tres; el emperador Carlos IV, que lo veneró en 1363; el Beato Raimundo de Capua, que, al ser nombrado rector del monasterio en 1363 y comprobar el número y fervor de los visitantes, decidió allí mismo escribir la «Leyenda- de la santa, y Santa Catalina de Siena (t 1380, r 29 de abril), que, tras frecuentar el trato con Santa Inés, a través de la presencia del cuerpo, ha sido una de sus mayores admiradoras y propagandistas.

En la actualidad, ese cuerpo se halla en el monasterio construido en su honor, monasterio de Santa Inés, que sigue siendo centro de gran devoción.

De ese cuerpo, escribe el Beato Raimundo en su Leyenda de Santa Catalina:

«Entre los prodigios (de Santa Inés) hay uno que todavía se está obrando. Su cuerpo virginal jamás fue enterrado y se conserva milagrosamente todo entero. Por razón de las maravillas que en vida había hecho, se quiso que lo embalsamaran para conservarlo por más largo tiempo, pero de la extremidad de sus pies y de sus manos se vio destilar gota a gota un licor precioso que las religiosas recogieron en un vaso de cristal, que aún se conserva...» (Leyenda, II P, C. 12).

Fr. Cándido Aniz Iriarte, O.P.

Oración colecta

Oh Dios, que enriqueciste
a tu esposa santa Inés
de un admirable fervor en la oración;
concédenos que, a imitación suya,
teniendo siempre en ti nuestro corazón,
podamos así conseguir
el fruto excelente
de sentirnos hijos tuyos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Concédenos, Señor,
hacer nuestro el fruto de esta oblación
para que, a ejemplo de santa Inés,
liberados del hombre viejo,
iniciemos una nueva vida
en continuo progreso espiritual.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Señor, que la comunión al Cuerpo
y a la Sangre de tu Hijo
nos aparte de las cosas caducas,
para que, a ejemplo de santa Inés,
crezcamos a lo largo de la vida
en caridad sincera
y podamos gozar en el cielo
de la visión eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor.

“Mi Padre os da el verdadero pan del cielo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 7, 51 — 8, 1a

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribas:

«¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado».

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y, con estas palabras, murió.

Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo de hoy

Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Yo confío en el Señor.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 30-35

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús:

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Reflexión del Evangelio de hoy

No les tengas en cuenta, Señor, este pecado

Admirable analogía la que se establece entre el testigo Esteban y el mismo Jesús el Señor; el Espíritu de Dios Padre animó por completo el recorrido vital del Maestro, así como para la primera comunidad Esteban es un creyente lleno asimismo del Espíritu. El martirio del diácono reproduce con intención la muerte del Nazareno, y por eso contempla la gloria de Dios: si ha visto, puede ser testigo, y a fuer de veraz y fuerte, ocupa el primer rango en la innumerable relación de testigos de la muerte y resurrección que han vigorizado siempre al Pueblo de Dios. Claro exponente de predicación del Evangelio con la fuerza del Espíritu, porque está más que acreditado en la historia de la comunidad creyente que cuando pretendemos predicar desde nuestros planes y gran despliegue de recursos institucionales y técnicos, nuestra evangelización adolece de corto recorrido y nula credibilidad. Solo desde el Espíritu del Señor Jesús podemos blasonar de valentía y desparrajo a la hora de decir a nuestro mundo el

evangelio. Solo desde el Espíritu de Jesús caemos en tierra para dar fruto y nuestro perdón se torna en acta acreditativa del estilo compasivo y humanizador de nuestra comunidad creyente. Hijos de un Padre rico en misericordia no tenemos otra opción que ser transmisores de compasión y amor restaurador; pero, para esto, es obligado estar en la órbita fecunda del Espíritu del Señor, no bajo otra supuesta protección.

Mi Padre os da el verdadero pan del cielo

El discurso del pan de vida concluye con el abandono de muchos discípulos y la confesión de Pedro (Señor ¿a quién vamos a acudir? Solo tú tienes palabras de vida eterna), reacción provocada por el trenzado de afirmaciones que hace Jesús sobre el nuevo maná y el alimento que garantizó la supervivencia en el largo camino del desierto. Jesús se manifiesta como el verdadero maná, el Pan de la vida, realidad y símbolo de quien es alma y la vida de la comunidad de seguidores, que no tiene reparos en afirmar que la autoría de aquella maravilla del camino hacia la Promesa no se debía a Moisés sino al Padre de todos, el del cielo.

Nosotros, los creyentes de hoy, en tanto comunidad de hermanos, haremos bien en hambrear este pan que es alimento y trabajo fraterno a la vez, convocatoria y cemento aglutinador de iguales, Jesús mismo y regalo perenne del Padre para que el Pueblo de Dios no pierda nunca el horizonte al que nos lleva este alimento: ser de hecho y derecho imagen y semejanza de nuestro Padre para humanizar nuestra historia en el nombre del Señor, en la mejor proyección de esperanza que nos marca el Reino de Dios entre nosotros.

*El Pan de la vida es un pan partido, repartido y compartido ¿son éstas las formas de nuestra iglesia en el momento presente?
¿Cómo experimentamos que el memorial de la muerte y resurrección de Jesús renueva nuestra Iglesia y nuestro mundo?*



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Mié

22
Abr

2015

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Todo el que ve al Hijo y cree en Él tendrá la vida eterna ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 1b-8

Aquel día, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea y Samaria.

Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Saulo, por su parte, se ensañaba con la Iglesia; penetrando en las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres.

Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otra anunciando la Buena Nueva de la Palabra. Felipe bajó a la ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Salmo de hoy

Sal 65, 1-3a. 4-5. 6-7a R. Aclamad al Señor, tierra entera

Aclamad al Señor, tierra entera;
tocad en honor de su nombre,
cantad himnos a su gloria.

Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras!» R.

Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor,
que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios,
sus temibles proezas en favor de los hombres. R.

Transformó el mar en tierra firme,
a pie atravesaron el río.
Alegrémonos con él,
que con su poder gobierna enteramente. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 35-40

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis.

Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.

Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

Reflexión del Evangelio de hoy

«La ciudad se llenó de alegría»

La Iglesia de Jesús es perseguida. La situación se hace crítica y existe el lógico temor entre los primeros cristianos, fundamentalmente los helenistas, que son privados de su libertad o incluso muertos como Esteban. Hay una doble actitud entre los judíos: los que entierran piadosamente a Esteban que se lamentan de la injusticia para con los cristianos y la de Saulo o la ciega intolerancia. Han de huir de Jerusalén, pero todo esto es una señal del Espíritu que envía a Felipe a Samaria. Y, al igual que Jesús, realiza signos entre quienes eran considerados unos paganos. Ellos creen porque descubren en todo ello la verdadera Salvación para sus vidas y se sienten felices plenamente, hondamente, más allá de dogmas aprendidos o de prejuicios sobre Dios.

«Yo soy el pan de vida»

Tras el episodio del milagro de la multiplicación de los panes, el texto del Evangelio nos plantea una catequesis sobre el Pan de Vida, es decir, el don del Amor que Dios otorga a los hombres por Jesucristo: un don que sacia definitivamente el hambre de Salvación y nos otorga una felicidad que nunca se acaba. Bien conoce Jesús que esa multitud que le sigue tras el milagro, busca en su mayoría sólo un remedio inmediato contra el hambre material, sentirse cerca de alguien que tiene poder y poder medrar. En el fondo no son personas libres, no saben verdaderamente lo que quieren. Pero Jesús, que los conoce muy bien, les deja patente que no tiene ambiciones terrenas. Descubre su falta de fe y les invita a cambiar de actitud de vida, a ver, más allá de lo material, el don inmenso del Amor de Dios que otorga el Pan de la Vida Eterna.

No es nada fácil vislumbrar un sentido más allá de las necesidades materiales y que nos abocan a adherirnos a unas opciones de oportunismo egoísta y de éxitos inmediatos. La opción de Jesús nos remite a una felicidad integral y trascendente de un Dios que es Amor en plenitud y nos invita a seguir el camino del Evangelio de su Hijo, que no es fácil ni inmediato, pero sí definitivo.

- ¿Me he sentido a veces señalado por mi condición de cristiano?

- ¿Reconozco a mi alrededor las ofertas de éxitos materiales que se me proponen? ¿En cuántas ocasiones he preferido optar por ellos a pesar de mis convicciones cristianas?



D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.
Fraternidad "Amigos de Dios" de Bormujos (Sevilla)

Jue

23
Abr

2015

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Nadie viene a mí, si no lo atrae el Padre”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 26-40

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:

«Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto».

Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe:

«Acércate y pégate a la carroza».

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó:

«¿Entiendes lo que estás leyendo?».

Contestó:

«Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?».

E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:

«Como cordero fue llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador,
así no abre su boca.

En su humillación no se le hizo justicia.

¿Quién podrá contar su descendencia?

Pues su vida ha sido arrancada de la tierra».

El eunuco preguntó a Felipe:

«Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?».

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco:

«Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?».

Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.

Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo de hoy

Sal 65, 8-9. 16-17. 20 R/. Aclamad al Señor, tierra entera

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies. R/.

Los que teméis a Dios, venid a escuchar,
os contaré lo que ha hecho conmigo:
a él gritó mi boca
y lo ensalzó mi lengua. R/.

Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 44-51

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

"Acércate y pégate a la carroza"

De nuevo Lucas sitúa "el camino" como el lugar donde Dios nos sale al encuentro. El relato que leemos este día en los Hechos de los Apóstoles nos muestra un ejemplo de lo que debe ser una verdadera catequesis bautismal y, a través del diácono Felipe, el modelo del buen evangelizador. Me gustaría subrayar de éste los siguientes rasgos:

- Se pone en camino, por un mandato del Señor: la tarea de Evangelizar no brota de una iniciativa personal, sino de acoger la llamada de Dios que nos envía a ello.
- Es enviado a ir "hacia el Sur"; a salir hacia otros espacios más allá de los conocidos y cercanos.
- Tiene los ojos abiertos y atentos a la realidad y es capaz de fijarse en aquellos que encuentra en el camino. Por eso "ve" a este hombre etíope que está de peregrinación a Jerusalén; Toma conciencia de quién es él, de su situación, su identidad. No evangelizamos en abstracto, sino a personas con sus historias y realidades bien concretas.
- Se acerca al él "corriendo". Felipe sabe percibir, en la situación en que se encuentra el eunuco, el tiempo oportuno que puede ser para él tiempo de salvación. Saber captar cuál es el "momento" para las personas con las que estamos es un arte y necesitamos estar muy atentos a lo que está pasando por ellas y escuchar a Dios a través de ello.
- Establece un diálogo hondo con aquel hombre partiendo de lo que él está viviendo. Es el momento de iluminar la realidad a la luz de la Palabra; de ese "explicar las Escrituras" que también hizo Jesús con los de Emaús y que les hizo arder el corazón.
- Acompaña el proceso de despertar a la fe del eunuco sin imponer ritmos: será el etíope quien pida ser bautizado; ha confesado su fe en Cristo, ha realizado la conversión del corazón y comienza para él el camino del seguimiento del Señor.
- Sabe desaparecer cuando ha cumplido su misión y acoger nuevas llamadas.

Que el ejemplo de Felipe sea para cada uno de nosotros un estímulo para recrear nuestro estilo misionero en el anuncio del Evangelio.

“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”

El Evangelio de este día está precedido del relato de la multiplicación de los panes y forma parte del discurso del pan de vida que constituye todo el capítulo 6 de Juan.

La gente, que por una parte, ante los signos que Jesús realiza quieren aclamarlo como Rey, no puede sin embargo acogerlo como enviado de Dios. Por eso, en este texto del Evangelio, Jesús dirige la palabra a toda esa gente fascinada por el gesto del pan multiplicado y repartido y se presenta a sí mismo como el “pan de la vida” “el pan vivo que ha bajado del cielo”.

Mirar la realidad como historia de Salvación, es contemplar cómo Dios ha ido saliendo al encuentro de la humanidad, atrayéndola hacia sí, guiándola. Sí, es el Padre el que nos ha ido conduciendo hacia el encuentro con Cristo a través de tantas personas y situaciones.

Porque como diría San Agustín, “nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”. Y formamos parte de una humanidad inquieta, que anda a tientas aunque muchas veces se pierda por caminos que no llevan a la Vida. Pero el Padre no deja de buscarnos y atraernos hacia esa mesa de la fraternidad universal, hacia la fiesta de la Vida; una Vida que es don de aquel que ha entregado la suya para que todos la tengamos en abundancia.

En este tiempo pascual, celebramos que en Cristo está la Vida. Ojalá podamos buscar en él, en sus gestos, palabras, sentimientos y estilo de vida nuestro alimento cotidiano.



Hna. María Ferrández Palencia, OP
Congregación Romana de Santo Domingo

Vie
24
Abr
2015

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“El que come este pan vivirá para siempre”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 1-20

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Dijo él:

«¿Quién eres, Señor?».

Respondió:

«Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer».

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión:

«Ananías».

Respondió él:

«Aquí estoy, Señor».

El Señor le dijo:

«Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista».

Ananías contestó:

«Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

El Señor le dijo:

«Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo».

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo de hoy

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio

Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».

Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Quién eres Señor?

En el conocido relato de la vocación - conversión de San Pablo encontramos el germen de las enseñanzas del apóstol acerca de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo del que Él es la cabeza. A Pablo le queda tan claro, desde el primer momento de su conversión, que ya no se le va a olvidar.

Saulo, en realidad, persigue a los cristianos, es decir, a la Iglesia y Jesús a su pregunta: ¿Quién eres Señor?, le responde: "soy Jesús, a quien tú persigues". Queda claro que Jesús y la Iglesia no se pueden separar, como no se puede separar el cuerpo de la cabeza y seguir teniendo vida.

Muchos, que quieren vivir un cristianismo a la carta, defienden el criterio de: yo creo en Dios pero de la Iglesia (donde meten, como en un cajón desastre, al Papa, los Obispos, los sacerdotes, los religiosos, las monjas...) no quiero saber nada.

La conversión de San Pablo es, después de la resurrección de Cristo, el acontecimiento al cual el Nuevo Testamento hace alusión más a menudo. Es realmente un signo de esperanza, una muestra clara de que Dios elige a sus discípulos cómo y cuándo quiere y del modo más imprevisto. En Pablo conversión y vocación se dan simultáneamente. El violento perseguidor queda transformado en un misionero imparabile, con la misión concreta de llevar el nombre de Jesús a todas las naciones.

Si Dios hizo de Saulo, el perseguidor, a San Pablo el apóstol. ¿No podrá hacer de nosotros criaturas nuevas? Sólo hay un secreto: "si tú Lo dejas, lo hará".

"El que come este pan vivirá para siempre"

Estamos en el final del discurso del pan de vida. Es un discurso Eucarístico. Jesús se presenta como el Pan de vida que por amor se nos da, y del que recibimos la vida eterna. Hoy nos es muy fácil escuchar este texto, pero tenemos que ponernos en el lugar de los que escucharon por primera vez este anuncio, y comprender su reacción.

Los cristianos creemos en la presencia real de Cristo en las especies sacramentales, pero los que no tienen fe no ven más que un trozo de pan y un poco de vino. Sólo desde la fe se puede descubrir esta verdad que confunde a la razón, y acercarse a recibir la sagrada comunión sabiendo que es: "medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo", como escribió San Ignacio de Antioquia. La comunión no es sólo alimento para el alma que camina hacia Dios, sino prenda de la vida eterna y anticipo del Cielo.

Participar en el banquete eucarístico, lo que llamamos comúnmente ir a Misa, no es una práctica religiosa más. Jesús es bien claro al enumerar los frutos extraordinarios que se producen en el alma al recibir la comunión: tendremos vida en nosotros, permaneceremos unidos a Él, nos resucitará el último día, viviremos para siempre...

Y esto que sabemos y creemos se tiene que notar en nuestras caras. Durante la celebración de la Eucaristía nuestros rostros debieran estar radiantes de alegría; y al salir a la calle e incorporarnos a nuestra cotidianeidad ser portadores de la alegría de quien ha recibido el mejor regalo. Que quien nos vea tenga deseo de saber de dónde venimos.



MM. Dominicás
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Sáb
25
Abr
2015

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Marcos Evangelista (25 de Abril)

“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 5, 5b-14

Queridos hermanos:

Revestíos todos de la humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes. Así pues, sed humildes bajo la poderosa mano de Dios, para que él, os ensalce en su momento. Descargad en él todo vuestro agobio, porque él cuida de vosotros.

Sed sobrios, velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos. Y el Dios de toda gracia que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de sufrir un poco, él mismo os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolidará. Suyo es el poder por los siglos. Amén.

Os he escrito brevemente por medio de Silvano, al que tengo por hermano fiel, para exhortaros y para daros testimonio de que esta es la verdadera gracia de Dios. Manteneos firmes en ella.

Os saluda la comunidad que en Babilonia comparte vuestra misma elección, y también Marcos, mi hijo. Saludaos unos a otros con el beso del amor. Paz a todos vosotros, los que vivís en Cristo.

Salmo de hoy

Sal 88, 2-3. 6-7. 16-17 R/. Cantaré eternamente tus misericordias, Señor

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.

Porque dije: «La misericordia es un edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/.

El cielo proclama tus maravillas, Señor,
y tu fidelidad en la asamblea de los santos.
¿Quién sobre las nubes se compara a Dios?
¿Quién como el Señor entre los seres divinos? R/.

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte:
caminará, oh, Señor, a la luz de tu rostro;
tu nombre es su gozo cada día,
tu justicia es su orgullo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 15-20

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los once y les dijo:

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.

El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado.

A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».

Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.

Ellos se fueron a predicar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Reflexión del Evangelio de hoy

No es posible hablar de San Marcos sin recordar “la casa de María”. Decir que la casa de María era el hogar de Marcos, por ser la casa de su madre, es decir la verdad, pero no toda la verdad. Porque la casa de María era el hogar de los discípulos y posiblemente el lugar más habitual para sus reuniones. Lo que fue Betania para Jesús fue la casa de María para las primeras comunidades cristianas. Según algunas tradiciones, fue allí donde se reunieron los discípulos cuando murió Jesús, y también después de la Ascensión. Y es probable que fuera allí donde los discípulos recibieron el Espíritu Santo. Puestos a escoger un buen hogar para Marcos, niño y adolescente, no hubiéramos podido encontrar otro mejor que “la casa de María”.

“Id a proclamar el Evangelio”

Jesús usa el imperativo, por tanto es un mandato. Ser escogidos, secundar la llamada y marchar a anunciar lo visto y oído parece una misma cosa. Lo contrario sólo indicaría no estar convencidos o no haber valorado la importancia y transcendencia de lo que hemos visto en Jesús y le hemos oído. La proclamación, por deseo de Jesús, ha de ser universal, a todos los hombres en todos los pueblos. Luego vendrá la aceptación o rechazo del mensaje y sus consecuencias, en una decisión siempre libre. Aceptarlo es salvarse; lo contrario, condenarse. Jesús habla muy claro. Uso el presente

porque su presencia, no física, sino espiritual, está garantizada.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles marca un antes y un después en las presencias de Jesús. Hasta entonces, los discípulos gozaron físicamente de Jesús, lo veían y oían. A partir de entonces, su presencia empezó a ser mística, espiritual, aunque tan real como antes. Los Hechos nos hablan de aquellos primeros discípulos y seguidores de Jesús. Hoy, en concreto, de Marcos. Al recordar estas historias, vivirlas y hacerlas nuestras escribimos también páginas en ese Libro, siempre incompleto, dado que el último apartado debería contar los acontecimientos de los últimos días. Hasta entonces, cada uno de nosotros somos los actores de sus páginas.

Juan Marcos

Hoy recordamos y celebramos a uno de los que mejor cumplió el mandato de Jesús en su despedida, Marcos. Hacia el año 44, Bernabé fue enviado a predicar a Antioquia. Allí se le unió Pablo para ayudarlo en la misión evangelizadora. En Antioquia se hizo una colecta para los cristianos de Jerusalén y Bernabé y Saulo fueron los encargados de llevársela. Allí, lógicamente, se hospedaron en "la casa de María". Al marchar, Marcos se les unió en la misión. Misión conjunta que no durará mucho tiempo, pues Marcos, primeramente, se separará de Pablo y, más tarde, incluso del mismo Bernabé, para regresar a Jerusalén.

Algún tiempo después Marcos acompañará a Pedro a Roma. Allí se convirtió en el discípulo más fiel de Pedro, hasta el punto de llamarle éste "su hijo Marcos". Marcos hacía de intérprete griego de Pedro, le acompañaba a todas partes, anotaba cuando decía su maestro, era como su secretario. No sabemos mucho más de su estancia en Roma, aparte de que allí se encontraba cuando en el año 61 llegó Pablo a presentar su apelación al César; y cuando, un año más tarde, Pablo enviaba recuerdos de él a los colosenses (4,10), y a Filemón (24).

A Marcos se le pidió que, puesto que llevaba tanto tiempo con Pedro y conocía sus catequesis y predicaciones, lo pusiera por escrito para poder conservarlo y que sirviera, a su vez, de perenne memoria y evocación. Así lo hizo, después de consultarlo con Pedro que, más tarde –refiere Eusebio– recomendaba su lectura en las iglesias.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Marcos Evangelista

Nos encontramos con la figura de Marcos en una escena que nos evoca la situación de la primera comunidad cristiana en Jerusalén. Pedro había sido apresado y encarcelado por Herodes en los días de los ácidos. Mientras estaba en la cárcel, la comunidad oraba insistentemente por él a Dios. La noche previa a su juicio público, fue liberado misteriosamente de la prisión por el ángel del Señor. Consciente de su situación, se dirigió a casa de María, madre de Juan por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos hermanos reunidos en oración. El relato no deja de anotar el nombre de Rosa, la joven que bajó a abrir a Pedro la puerta de entrada (cf. Hch 12, 12).

Como era habitual, el hijo de aquella familia hospitalaria lleva dos nombres: Juan Marcos, el primero es de origen hebreo y el segundo, a modo de sobrenombre, de origen romano. Es bastante conocido a través de los escritos apostólicos, aunque nos quedan grandes lagunas sobre su vida y su actividad.

El evangelizador

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice que Bernabé y Saulo volvieron de Jerusalén a Antioquía trayéndose consigo a Juan, por sobrenombre Marcos (cf. Hch 12, 25). En esta ciudad, Bernabé y Saulo serían elegidos para llevar a cabo una misión evangelizadora. Bajaron, en efecto, a Seleucia y desde allí tomaron una nave hasta Chipre. Con ellos viajaba también Juan Marcos. Y con ellos atravesó la isla desde Salamina hasta Paños (cf. Hch 13, 4-59). Desde allí volvieron al continente, desembarcando esta vez en Atalía —actual Antaliaque era el puerto natural de la ciudad de Perge. Pablo tenía la intención de subir a las ciudades de la meseta: Iconio, Listra y Derbe. Sin embargo, a Juan Marcos debió de parecerle excesivamente arriesgado aquel proyecto de misión y abandonó a Pablo y Bernabé para regresar a Jerusalén (cf. Hch 13, 13).

Cuatro años más tarde, tras el llamado Concilio de Jerusalén, Bernabé logró convencer a su pariente Marcos para que lo acompañara a Antioquía. Su presencia desata una discusión entre Pablo y Bernabé. El primero, que recuerda con desagrado el abandono de Marcos, inicia por su cuenta su segundo viaje misional que terminará llevándole a Tróade, Filipos, Atenas y Corinto. Mientras tanto, Bernabé acepta complacientemente la compañía de Marcos y emprende con él un segundo viaje misional a la isla de Chipre (cf. Hch 15, 36-40).

Después de unos doce años, en los que nos es difícil rastrear su presencia, volvemos a encontrar a Marcos, esta vez en Roma, como lo atestigua la primera Carta de Pedro, en la que se le califica cariñosamente como hijo del príncipe de los apóstoles (cf. 1P 5, 13). Marcos, como reconoce toda la antigua tradición cristiana, es un atento discípulo y un estrecho colaborador del apóstol Pedro.

Al mismo tiempo, Pablo parece haber superado sus antiguos recelos respecto a Marcos. De hecho, en la Carta a Filemón (24) lo presenta entre los que colaboran con él durante su primera prisión en Roma. Más explícita es la Carta a los Colosenses, en la cual el autor envía saludos de parte de Marcos, primo de Bernabé, que junto con un tal Jesús, llamado «el Justo», colabora con él por el reino de Dios y constituye para él una fuente de consuelo. El autor de la carta no duda en recomendar a Marcos a la hospitalidad de los habitantes de Colosas (cf. Col 4, 10-11). Más tarde, durante su segunda cautividad en Roma, Pablo, ya cerca del final de su vida, ruega a Timoteo que traiga consigo —de Éfeso o de Macedonia, donde debía encontrarse— a Marcos, «pues le es muy útil para el ministerio» (2Tm 4, 11).

El evangelista

La tradición más antigua atribuye a Marcos la redacción del segundo de los Evangelios sinópticos. Este relato, dedicado a presentarnos «el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1, 1), refleja con asombrosa fidelidad los rasgos humanos de Jesús y, a través de sus páginas, es posible intuir una larga y fiel convivencia del autor junto al apóstol Pedro.

Precisamente en este Evangelio encontramos un detalle que puede ser significativo sobre la identidad de su autor. La noche en que Jesús fue prendido en el huerto de los Olivos todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron. Todos, excepto un joven que le seguía cubierto sólo con un lienzo. Cuando los guardias trataron de detenerlo, el joven dejando el lienzo, se escapó desnudo (cf. Mc 14, 51-52). Muchos comentaristas ven en este joven al mismo evangelista que podría haber tratado de seguir a Jesús en el momento de su detención. La posibilidad queda ahí, sugerente como una parábola. Si fuera verdadera, el joven Marcos sería para las comunidades cristianas antiguas y modernas todo un símbolo del seguimiento de Jesús a pesar de las dificultades y de la persecución.

Algunas tradiciones hacen de Marcos el fundador de la Iglesia de Alejandría. Cuando en el año 820 los comerciantes venecianos se llevaron a su ciudad los restos del evangelista, ya habían recibido veneración durante al menos cinco siglos en Bucules, en el litoral alejandrino. Sin embargo, otra tradición fundada en las Crónicas de Hipólito de Roma (siglo II) afirmaba que el cuerpo del evangelista había sido quemado después de su muerte.

Marcos, el joven seguidor clandestino de Jesús, educado en el hogar que acoge a la primerísima comunidad cristiana y discípulo de los dos grandes apóstoles, Pedro y Pablo, se muestra a todos los cristianos como modelo de escucha y transmisión de la palabra del Señor. Discípulo de los discípulos primeros, es para nosotros testigo de la fe en la divinidad de Jesucristo y en su humanidad salvadora.

José-Román Flecha Andrés

